

cogida é incendiada; faltó dinero para pagar á los operarios ocupados en los trabajos del sitio, también faltó madera, pero no el valor. Hasta los mismos barones se pusieron á trabajar en las trincheras y en las minas. Cuando estuvieron terminadas, dieron los sitiadores vuelta á la ciudad procesionalmente, como Josué á Jericó, visitando los lugares más memorables de las cercanías, é implorando cada cual perdón de sus culpas para ser digno de entrar en la ciudad santa. Vióse entonces á Tancredo y á Raimundo, enemigos irreconciliables, abrazarse y perdonarse á la vista del monte de la Redención.

Dióse el asalto general despues de aquella piadosa ceremonia, y los cruzados se apoderaron de la ciudad el viernes 15 de Julio de 1099 á las tres de la tarde, hora en que Jesucristo habia espirado sobre el Calvario. Todos los horrores de una ciudad tomada por asalto vinieron á manchar aquel triunfo, y fueron pasadas á cuchillo setenta mil personas, tanto judíos como musulmanes; fué tal la matanza, que los cristianos *caminaban sobre sangre hasta el tobillo*; pero apenas llegaban aquellos furiosos al Santo Sepulcro, cuando se les caian las armas de las manos, y postrados en tierra se daban golpes de pecho, derramando lágrimas de ternura y de arrepentimiento.

Todo el que habia colocado una cruz, una bandera, ú otro cualquiera signo sobre un palacio ó una torre, era considerado como dueño de aquel edificio, y nadie hubiera osado penetrar allí, mientras todo lo demás era entrado á saco. Las riquezas conquistadas fueron repartidas entre los vencedores, y se reservó una gran porción de ellas á los pobres, á los huérfanos y á las iglesias. El generoso Tancredo, que se habia opuesto vanamente á la matanza, plantó su bandera sobre la mezquita de Omar, y encontró allí inmensos tesoros, entre ellos veinte candelabros de oro, ciento veinte de plata, una lámpara magnífica y otros muchos ornamentos de gran precio que distribuyó liberalmente.

Limpia Jerusalem de cadáveres, cambió de religion y de estado, reconociendo luego los francos la necesidad de consolidar su dominación, resolvieron restaurar el trono de David para que lo ocupara un rey. Su elección uná-

nime recayó en Godofredo, quien en el curso de la expedición se habia distinguido por su valor prodigioso. Juró sobre el Santo Sepulcro respetar el honor y la justicia, aunque rehusó ceñirse la corona real donde Jesucristo la habia llevado de espinas.

Tanto como fué el júbilo de toda la cristiandad al recibir la nueva de esta conquista gloriosa, sirvió de aflicción á los musulmanes. Por todas partes preceptuaron ayunos en señal de luto penitente, y Modaffer-Abouverdy se lamentaba en esta forma:

»Nuestras lágrimas se han mezclado á nuestra sangre, y ni una parte de nosotros mismos ha quedado intacta de resultas de los nuevos golpes del enemigo.

»¡Oh, infelices de nosotros si las lágrimas llegan á reemplazar á las armas, cuando la guerra siembra su furor y su incendio!

»¿Cómo es posible que el párpado cubra el ojo cuando descalabros semejantes al nuestro despertarian á aquel que durmiera profundamente?

»En Siria vuestros hermanos no poseen más que la espalda de sus dromedarios ó las entrañas de los buitres para hallar reposo.

»Los francos les tratan como á viles esclavos y permanecéis en una muelle indolencia como gentes que están completamente seguras.

»¿Cuánta sangre se ha derramado! ¡Cuántas mujeres estan reducidas á no tener para cubrir sus encantos más que sus brazalates!

»¡Y los chaiques de los árabes, los héroes de la Persia podrian resignarse tranquilamente á tanta ignominia!

»Si el sentimiento de la religion no les conmueve, ejerza influjo sobre ellos el cuidado de su propia honra y el amor de lo que les sea más querido en el mundo.»

Pero los musulmanes comprendian cuán difícil era reparar tan enorme pérdida. ¿Qué podía intentarse el califa de Bagdad reducido á la condicion de pontífice desarmado? Hallábase fraccionado el reino de los Seljucidas en el Roum; discordias intestinas ocupaban al schah de Persia, poco atento por otra parte á correr en ayuda de los emires de Siria que se habian emancipado de su autoridad. Confundidos éstos por los reveses que habian experimentado, se hallaban reducidos á defender aisladamente su

estrecho territorio contra los esfuerzos parciales de algunos héroes cruzados. No quedaba más esperanza que el soldan del Cairo; así, olvidando los musulmanes que era un Fatimita hereje, corrieron en tropel de la Siria, de Damasco, de Bagdad, á Ascalon, donde se reunia su ejército á las órdenes del visir Afdal.

Godofredo tuvo el mayor trabajo para decidir á los cruzados á empeñar nuevos combates para oponerse á aquellas fuerzas inmensas. Fué expuesto al público el madero de la verdadera cruz: la voz por largo tiempo silenciosa de Pedro el Ermitaño se hizo oír de nuevo, y veinte mil valientes llegaron á presentar batalla entre Ascalona y Jafa á todo aquel pueblo de Asia y de Africa (12 de Agosto de 1099). La disciplina sobrepujó al número; aquel innumerable ejército fué puesto en completa derrota, y los despojos del campo enemigo proveyeron de víveres á los soldados, de armas y de caballos á los señores, de bestias á la agricultura. Las disensiones que se reanimaron entre los príncipes cristianos les impidieron apoderarse de otras plazas.

Aquí termina la primera cruzada. Los caballeros que durante cuatro años habian sobrellevado gloriosas fatigas, suspiraban por el momento de volver á su patria y de saborear allí el reposo, al mismo tiempo que las alabanzas debidas á sus proezas. Se vieron recibidos en triunfo en sus castillos, adonde traian las palmas sagradas, los despojos ópimos y las preciosas reliquias. Y los que buscaban en vano entre los cruzados de vuelta á deudos, cuya ausencia habian llorado, se consolaban con la idea de tener un mártir en su familia.

Pedro el Ermitaño acabó oscuramente su vida en el convento de Huy, junto al Mosa. Eustaquio recogió la herencia de sus hermanos Godofredo y Balduino, á quienes habian tocado reinos en Palestina. Roberto, conde de Flandes tornó á sus estados; el duque de Normandía, que se detuvo en Italia seducido por los encantos de Sibila, hija del conde de Converiano, perdió la ocasion de ascender al trono de Inglaterra; á su vuelta fué cogido prisionero por su hermano, y languideció veinte años en el cautiverio hasta la muerte.

Seis millones de europeos habian tomado, segun se dice, la cruz. De ellos apenas quedaron trescientos caballeros con Godofredo, y al-

gunos en Trípoli con Raimundo, en Edesa con Balduino, en Antioquia con Bohemundo; unos diez mil volvieron á Europa. ¿Qué habia sido de los demás? Sus osamentas cubrian el camino que conduce á Jerusalem desde las estremidades de Europa.

Lejos de amortiguar el valor, la relacion de sus miserias unida á la de sus hazañas, excitó á muchos, cristianos á imitarles. Francia, Italia, Alemania, suministraron nuevas levadas adalides que se encaminaron á Palestina, ora para visitar los Santos Lugares, ora para ayudar á la consolidación del reino cristiano, ora para ganar gloria, estados, indulgencias. Más de doscientos mil cruzados renovaron bajo los muros de Constantinopla las devastaciones de los primeros, hasta el punto de soltarse contra ellos los leones imperiales. Se alejaron de esta capital, acosados sin tregua por Kilisc-Arslan, que habia trasladado su residencia desde Nicea á Iconiö. Raimundo hacia pasar por sus filas en los dias de combate la milagrosa lanza de Longinos. Anselmo, arzobispo de Milan, habia llevado un brazo de San Ambrosio, con el cual bendecia á los combatientes; sin embargo, fueron derrotados, y sólo algunos llegaron á Jerusalem en pequeños destacamentos; un número todavía más escaso volvió á Europa en pós de los condes de Saboya, de Poitiers, de Nevers y del duque de Baviera.

### CAPITULO III.

#### Segunda cruzada.

La caballería, los tribunales de amor, los torneos, las órdenes militares y las obras de los trovadores y romanceros, representan ideas que se reproducirán con tanta frecuencia hablando de las cruzadas, que no podemos continuar la relacion de estas expediciones, sin detenernos antes algun tiempo en esto. Si hemos insistido demasiado, tal vez nos servirá de excusa la naturaleza misma del objeto que nos ocupa.

Hemos dejado en el trono de Jerusalem á Baudouino de Bourg, hombre justo y piadoso, cuyas manos y rodillas se habian encallecido á fuerza de prosternarse para orar, no queriendo que le aventajasen en esto los mahometanos. Espiró despues de doce años de reinado en el

mismo sitio donde había resucitado Jesucristo. Concluyó con él el esplendor de este reino militante, y la estrella de la Persia volvió á brillar en frente de la cruz.

Foulques de Anjou, yerno de Baudouino, que ya había dirigido las riendas del Estado, fué llamado entonces al trono; pero las discordias intestinas eran demasiado violentas para que un príncipe débil y sexagenario lograra apaciguarlas. Se disputaban á Antioquía Roger de Sicilia y Alisa, hija de Baudouino II, viuda de Bohemundo; adelantóse Foulques con los templarios y los hospitalarios, y venciendo á su adversario, dió la mano de Alisa á Raimundo de Poitiers. Juan Comneno, que había sucedido en el trono de Constantinopla al emperador Alejo, abriéndose paso al través del país de Iconium, vino con el designio de apoderarse de Antioquía, sobre la cual tenía asimismo pretensiones; sin embargo, después de muchas escaramuzas, se puso de acuerdo con Foulques y reunió sus tropas con las de los cruzados para marchar contra los infieles de la Mesopotamia; pero una flecha envenenada hirió mortalmente al emperador griego al pasar el Taurus. El reinado de Foulques fué señalado por las incesantes ambiciones que lo agitaron, así como por la toma de Cesárea.

Caminaban las cosas cada vez peor, cuando sobrevino su muerte á consecuencia de la caída del caballo, y tuvo por sucesor á Baudouino III, jóven de trece años, que vió multiplicarse los partidos que se disputaban el poder, sin poder refrenarlos, como sucede siempre en un reinado en que falta la fuerza. Zenghi, soldan de Iconium, cuyo poder se extendía desde Mosoul hasta las fronteras de Damasco, se aprovechó de estos desórdenes para sitiar á Edeso, baluarte del reino de Jerusalem. Joselin de Courtenay, que era su señor, combatió á los musulmanes cuanto permitieron sus fuerzas; pero habiendo sido alcanzado por la caída de una torre, quedó herido gravemente. Informado, no obstante, de que el soldan se aproximaba, y que su hijo no demostraba suficiente resolución y energía, hizo que le pusiesen en una litera, y se presentó así al frente del enemigo, dándose por feliz al espirar de verlo huir todavía una vez. Su hijo, que llevaba el mismo nombre, pero que era de un carácter diverso, se dejó en-

gañar por Zenghi, que atacó la ciudad de Edeso, la tomó por asalto, y después de haberla entregado al saqueo, hizo que desde lo alto de los minaretes fuese nuevamente proclamado Alah y el Profeta.

Produjo esta conquista tanta arrogancia entre los musulmanes como abatimiento entre los cristianos. El nombre de Zenghi fué repetido con terror en Europa, á la vez que era proclamado por los suyos en las rogativas públicas, y cantado por los poetas. Apenas hubo cerrado los ojos, cuando la ciudad, mal guardada, volvió á caer de nuevo en manos de los soldados de la cruz; pero su hijo Nuredino juró no entrar en su capital hasta no haber exterminado los cristianos. Reconquistó, en efecto, á Edeso, y redujo á la esclavitud á diez y seis mil habitantes que sobrevivieron al degüello. Sólo algunos mendigos habitaron después las ruinas de la ciudad reina, cuya corona formaban sesenta aldeas, y que, como un edificio celeste construido sobre la tierra, excedía en magnificencia á las ciudades más notables del Asia.

Esta expedición inauguró así bajo favorables auspicios el reinado de Nuredino, á quien los poetas é imanes saludaban ya con el título de jefe del islamismo. Los cristianos, por el contrario, desanimados por siniestros augurios, ó más bien por la convicción real de que la toma de Edeso debía acarrear la de Jerusalem. El obispo de Gabal, atravesando el mar, fué á buscar á Viterbo al Soberano Pontífice, y le expuso los desastres y peligros que corría la Palestina. Empezóse á hablar desde entonces de una nueva cruzada, y el grito de ¡las armas! fué luego repetido por Bernardo, abad de Clairvaux.

Este religioso, uno de los personajes más eminentes de la edad media, fué el alma de la sociedad cristiana en el duodécimo siglo. Nacido en el castillo de Fontaine, cerca de Dijon, sacrificó el rango y las riquezas que le prometía su nacimiento y los placeres á que se sentía inclinado, á la resolución de ser únicamente el hombre de Dios. Ocupado desde su juventud del gran misterio de la vida, se preguntaba muchas veces: *¿Bernardo, á qué has venido al mundo?* Se dedicó, pues, á combatir las inclinaciones de los sentidos y los extravíos de un corazón enamorado. Con el fin de fortificarse para

las luchas del porvenir, se retiró con algunos otros jóvenes nobles, compañeros suyos, á la abadía de Cîteaux, donde su ejemplo no tardó en arrastrar á otros muchos. Pareciendo demasiado considerable el número, Bernardo destacó una colonia, con la cual, á la edad de veinticinco años, fué á fundar una nueva orden á Clairvaux, en las orillas del Aube, lugar de un aspecto tan triste que se le designaba con el nombre de valle de Absinto. Acudieron los prosélitos en tropel al rededor suyo, hasta el punto que las esposas y las madres suplicaban á sus maridos é hijos que no fuesen á oír la irresistible voz del jóven y ardiente predicador.

Su teología se derivaba de la de San Agustín; tenía las mismas ideas sobre el amor y la gracia, era el mismo anonadamiento del hombre ante Dios; pero añadía é esto el progreso producido por el cambio de los tiempos. Así, pues, no quería que el único objeto para refugiarse en los conventos fuera el huir del mundo, sino que se buscara en ellos la fuerza necesaria para combatirlo y guiarlo. Quería que el hombre estando penetrado de su *nada* en presencia de Dios, se sintiese poderoso sobre la naturaleza y la sociedad; desterrado, pero activo, dirigiéndose incesantemente hácia el cielo, procurando mejorar el camino.

*El que ha dicho* Laboravi sustinens, *no aprueba los vanos ocios de la contemplación*, repetía con frecuencia; persuadido de que la actividad era el principio de la salud, no reducía á los monjes á una inercia solitaria, sino que los obligaba á aplicarse á las letras, á la agricultura, á desmontar terrenos estériles, á conservar y multiplicar los monumentos del ingenio humano. Un contemporáneo nos describe aquel «valle profundo entre montañas elevadas y cubiertas de espesos bosques, que se ve al bajar de las alturas, sembrado de agricultores ocupados en las labores que cada uno tiene señaladas. En medio del día reina allí el silencio de la noche, interrumpido solamente por el golpe de las azadas ó por el canto de los piadosos obreros; silencio que sorprende al viajero hasta el extremo de que nadie se atrevería á hablar de cosas profanas.»

Los enemigos de San Bernardo le censuraban haberse entregado á estudios profanos, á trabajos de curiosidad y á componer canciones

para recrear al pueblo; errores que nosotros recogemos como otros tantos títulos de alabanza. Conocía tan profundamente la Biblia, que en sus meditaciones se figuraba tener á la vista los diversos pasajes. De un rigor extremado para consigo mismo, obligaba más bien por el ejemplo que por el precepto, á la práctica de una regla austera, de la predicación y de todos los demás trabajos del sacerdocio.

«Hablaba á los campesinos, dice un cronista contemporáneo, como si siempre hubiese vivido en el campo, y á las demás clases como si hubiese consumido su vida en estudiar sus hábitos; docto con los doctos, sencillo con los sencillos, pródigo de preceptos de santidad y de perfección con las personas de talento, se ponía al alcance de todos para conquistar almas á Jesucristo. Dios lo había dotado admirablemente para calmar y para persuadir; le había enseñado cuándo y cómo debía hablar, consolar ó suplicar, exhortar ó corregir; los que lean sus escritos lo sabrán en parte, pero no tan bien como los que lo oyeron, porque había tanta gracia esparcida en sus labios y tenía tanto fuego y vehemencia en su lenguaje, que su pluma, por muy hábil que fuese, no podría conservar toda la dulzura y toda la animación. La miel y la leche manaban de su lengua, y sin embargo, la ley de fuego estaba en su boca. Así que, cuando hablaba á los alemanes, aunque no entendiesen su lengua, quedaban más conmovidos del sonido de sus palabras, que si les hubiesen explicado su sentido los más hábiles intérpretes, y manifestaban su emoción dándose golpes de pecho y derramando lágrimas.»

Desde el fondo de la soledad, donde se retiraba siempre para inspirarse, velaba sobre toda la cristiandad; y saliendo después de su retiro tan robusto de voluntad como débil de salud, tronaba contra los desórdenes de la Iglesia y los vicios del clero, protegiendo á los débiles y desgraciados, asistiendo á los concilios, dando una regla á los templarios, reprendiendo á los obispos que descuidaban su rebaño por los negocios del siglo, interviniendo en las diferencias entre los monjes y los eclesiásticos, acusando á los á príncipes ante el papa y censurando á éste las debilidades perjudiciales á la independencia de la Iglesia; dando consejos, tanto espirituales como temporales á los prelados

más eminentes y á los más elevados príncipes, que los reclamaban de todas partes, porque estaban llenos de confianza en su genio y en sus virtudes. Muchas iglesias desearon vivamente tenerle por obispo, pero él se negó. Se negó también á admitir la tiara de que dispuso dos veces á su gusto; era así más glorioso y más grande en su sencillez y en su humildad. Absorto en sus meditaciones le sucedió beber aceite por agua, y costeaba el lago de Constanza, sin apercibirse siquiera de sus admirables bellezas. También se le atribuyeron milagros, pero ¿qué mayor milagro que aquel poder ejercido por un monje sobre su época? Empezó muchos y muy penosos viajes para combatir el error y para predicar la paz. Cuando atravesó los Alpes «los pastores que conducían los rebaños y los habitantes del campo, bajaban de las alturas para saludarlo á su paso. Apenas lo descubrieron de lejos, cuando exclamaban pidiéndole su bendición, después, retirándose á sus grutas, se felicitaban unos á otros por habelo visto, sintiéndose llenos de alegría al ver que había extendido sobre ellos la mano para bendecirlos.»

Escribió al rey de Francia, y al punto el ejército de este monarca sale de la Champagne que había sido invadida. Cuando son elegidos dos papas á la vez, hace cesar el cisma, bastando una palabra suya para que el rey de Inglaterra acepte á Inocencio II. Atraviesa la Francia, la Alemania y la Italia éste pontífice y va á sentarse en el trono sin otra protección que la del simple abad. Incorruptible á las seducciones del mundo que lo veneraba, apenas le había intimado sus decretos cuando ya se callaba. *¡Cuán felices sois, les decía á sus monjes, en vuestro tranquilo reposo! Yo soy como el pájaro débil y sin plumas, siempre fuera del nido, expuesto á las tempestades, como un hombre ebrio en medio de las agitaciones y tinieblas, donde se extinguen y desvanecen todas las luces de mi razón.*

Bernardo, ¿á qué has venido al mundo? se preguntaba; y este espíritu poderoso conocía que su misión era reunir la Europa á la Iglesia para arrojarla contra los infieles. Esta idea fué la que le hizo predicar la cruzada. El trono de Francia estaba entonces ocupado por Luis VII, llamado el Joven. Este príncipe había aumen-

tado la prerogativa real reprimiendo los barones, al mismo tiempo que estableció el orden en el reino, gracias á los consejos del abad Suger, amigo de San Bernardo. Durante la guerra contra Thibaut, conde de Champagne, el rey había hecho incendiar en Vitry una iglesia en que se refugiaron mil trescientas personas que perecieron dentro: San Bernardo le dirigió una severa censura, lo cual determinó á Luis VII á hacer el voto de ir á la guerra santa en expiación de su falta.

Eugenio III aprobó esta resolución, y la bula que publicó estaba concebida en estos términos: «Nos, que velamos con una paternal solicitud sobre la Iglesia y sobre vos, concedemos á los que se consagren á esta gloriosa empresa los privilegios concedidos por nuestro predecesor Urbano á los soldados de la cruz. Queremos también que sus mujeres é hijos y sus bienes y posesiones estén bajo la salvaguardia de la Iglesia, de los arzobispos, obispos, y prelados; que estén libres de todo procedimiento judicial, respecto á sus bienes, hasta su vuelta, ó hasta que se haya recibido noticia cierta de su muerte. Queremos además que los soldados de Jesucristo se abstengan de llevar vestidos preciosos, de tener un cuidado excesivo con su persona, y de llevar consigo perros de caza, halcones y todo cuanto pueda contribuir á enervar el alma de los soldados; advirtiéndoles en nombre del Señor que sólo deben ocuparse de sus caballos de batalla, de sus armas y de todo lo que sirve para combatir á los infieles. La guerra santa reclama todos sus esfuerzos y el uso de todas sus facultades. Aquellos que emprendan el santo viaje con un corazón recto y puro, si tienen deudas no pagarán los intereses, y si se encontrasen, ú otros por ellos, obligados usurariamente, les dispensamos de su obligación en virtud de nuestra autoridad apostólica. Si los señores de que dependen no quieren ó no pueden prestarles el dinero necesario, pueden empeñar sus tierras y posesiones á personas eclesiásticas ú otras. Siguiendo también el ejemplo de nuestro predecesor, en virtud de la autoridad de Dios, y del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, concedemos absolución y remisión de sus pecados, y prometemos la vida eterna á todos los que hayan emprendido y llevado con buen fin la santa peregrina-

nación, ó que hayan muerto al servicio de Jesucristo, después de haber confesado sus pecados con corazón contrito y humillado.»

En virtud de la misión recibida del papa, Bernardo se dispuso á anunciar la piadosa empresa y las indulgencias prometidas. Aun cuando el abad Suger se opuso á una resolución que le parecía contraria á los intereses del reino, fué convocado un *parlamento* en Vézclay, Borgoña. Luis VII apareció rodeado de toda la pompa real, en medio de una afluencia extraordinaria, sobre una colina á las puertas de la ciudad. A su lado estaba Bernardo, cuya sencillez monacal contrastaba notablemente en medio del fausto de los señores y caballeros. Dió parte á la asamblea de las funestas noticias llegadas de Palestina, y añadió que *el Dios del cielo había empezado á perder una porción de su tierra; que era preciso acudir á su defensa; que Dios mismo ha dicho: «Los que quieran seguirme deben tomar mi cruz. ¡Desgraciados aquellos, cuya espada no se tiña en sangre! Tal fué el efecto de su palabra, que todos pidieron la cruz, y no bastando las que tenía preparadas el abad de Clairvaux, desgarró su túnica para hacer otras. Los que no pudieron obtener de estas últimas, suplieron la falta cortando algún pedazo de su vestido. Luis fué el primero que la recibió arrodillado á los pies del monje; después Eleonora de Guena y los principales señores del reino, fueron seguidos de una inmensa multitud. La afluencia impedía que se viesen los muchos milagros hechos por San Bernardo; pero el más insigne, así como el más cierto, fué aquel ardor unánime por la expedición santa «hasta el punto de quedar desiertas las villas y aldeas, no encontrándose por todas partes más que viudas y huérfanos cuyos maridos y padres estaban vivos.»*

Un día que el santo dijo misa en Spira, se detuvo de repente, y volviéndose al auditorio, se puso á predicar la cruzada. Describió el día del juicio final en que sonará la trompeta celeste y en que, apareciendo Cristo sobre su cruz, echará en cara al emperador de Alemania todo el bien que le ha prodigado, y le preguntará qué es lo que ha hecho por él en cambio. Conrado, profundamente afectado, exclamó: *Yo sé muy bien cuánto debo á Jesucristo, y juro ir á donde quiere que vaya; y á pesar de las agita-*

ciones del imperio, que parecían deberle detener, tomó también la cruz. Su ejemplo arrastró á un gran número de señores de Alemania é Italia, obispos y gentes de todas clases y profesiones; Federico de Hoenstaufen, que debía adquirir luego tanta fama en las guerras de Italia; Vladislao, duque de Bohemia; Othon, de Frissuiguen, y otros varios que dieron treguas entonces á sus guerras privadas; también fué mucha gente de Flandes y de Inglaterra. Se mandaba una rueca y un uso á los que tardaban en tomar la cruz. Formóse, pues, un ejército de doscientos mil hombres, en el cual iban también bellas damas y brillantes trovadores, así como un escuadrón de amazonas mandadas por una guerrera que se llamaba *La Dama con piernas de oro* á causa del lujo de su equipo militar. Rogerio de Sicilia había ofrecido buques y víveres, mas por desgracia fué rehusada su proposición, porque pareció más digno del valor de los cruzados tener que vencer los mayores obstáculos.

Bernardo no obedecía, sin embargo, el impulso de un celo ciego como Pedro el Ermitaño, porque no permitió pasar el mar á ninguno de sus monjes. Escribió al papa para que negase su autorización al abad de Morimondo que quería llevar consigo muchos religiosos milaneses, manifestándole que *los ejércitos de la cruz necesitaban caballeros que combatesen, y no monjes que sólo sirven para salmodiar y gemir.*

Cuando el monje Rodolfo, que fué por Alemania repitiendo la palabra del santo, excitaba á las poblaciones á preludiar la cruzada por el asesinato de los judíos, acudió Bernardo para oponerse á los consejos de este furioso, y para salvar á estos *testigos vivos de las promesas de Jesucristo.*

En esta segunda expedición apareció ya menos ardiente el entusiasmo, y la disciplina fué mayor por lo tanto. El feudalismo, que se había organizado con más fuerza, facilitó el medio de reglar y contener aquella multitud, de tal modo, que atravesó la Alemania y la Francia sin causar grandes daños. Los perros y halcones que en la primera expedición llevaron los cruzados, fueron prohibidos en ésta, así como el lujo embarazoso que estaba en uso en las habitaciones señoriales. Se proveyeron de víveres